

Algo sobre la tia Meli

Virgilio Esteban Rubio



Capítulo 1

Tanto su existencia en nuestra vida familiar como verla en casa conversando con ama o con Luisa para mí era algo habitual. O con cualquier miembro del servicio. No poseía espíritu de clase alguno. Lo contrario de lo que sucedía con aita.

Lo cierto es que apenas se le veía por Ondaretxe. Tanto, alejado conscientemente a causa de las últimas actividades políticas que le mantenían asaz alejado del hogar, que llegué a preguntar a ama, nada más regresar de Zaragoza y notar la prolongada ausencia del progenitor, si ya no... Si habían separado su vida afectiva. La única respuesta fue una sonrisa capciosa, creo que malintencionada contra el progenitor. "¿Separar? Ni con agua caliente, siquiera."

He de confesar que apenas fue un susurro entre dientes. No quiso aclarar gran cosa.

Haber formulado la pregunta se debió a que siempre estaban farfullando en el entorno íntimo, como suavizando las críticas que aparecerían a escondidas de modo que cada cual barría para su provecho, claramente. O comprando piedad al otro, haciéndose notar fingidamente inferior, tras adoptar la conveniente postura y emborracharle de orgullo y halagos enaltecedores a quien deseaba derrotar. Esta postura la adoptaba la aptitud más inteligente de la pareja, casualmente procedía de la boca de ama.

El otro miembro de la pareja se creía superior, de momento, llegando a sentir la frialdad lacerante de soledad afectiva más pronto que tarde. Aparte de quedar malparado por la opinión rebuscada del miembro engañanecios y su comportamiento fingido. Pero era ya tarde para reaccionar cuando la cordura le asistía, tras caer el velo del fingimiento empleado. Luego de pasado un tiempo, ni con esas ya podía ocultar su majadería. Tampoco era motivo, según confesión oportuna, para romper la unión tan solo por ello. Cada cual guardaba celosamente sus intereses pues desaparecerían tras romperse la unión.

No habían llegado a consumir la separación a pesar de las fuertes amenazas, tras lo visto. Ni sabía nadie si alguna vez sería. Había demasiados intereses por medio, sí. Es lo que creí entonces. Aunque total, ¿para qué, si cada cual hacía lo que le venía en gana sin dar cuentas ni pedir permiso a la otra parte? ¿Qué ejemplo podían emplear para la educación de sus hijos? Uno por ausencias muy prolongadas del hogar y ama, aunque no viajaba tanto, consumaba su alejamiento con visitas incontroladas que a nadie daba cuenta ni se lo preguntaba.

Así que mal podíamos averiguar dónde pacía en cada momento con la vida errante que llevaba por Madrid, España o Europa principalmente. Y ella de compras por la tiendas más caras, en reuniones supuestamente de beneficencia, cuando no con su preferido, si, a pesar de su misa y comunión diaria, encerrada en casa de su inseparable, escondidos de la vista general y dando rienda suelta a la consumación de los más disimulados sentimientos de mujer.

Aunque mejor así, casi, para mi gusto personal. Realmente se preocupaba algo de mi. Si bien como aita me ignoraba desde hacía bastante tiempo. Y mucho más. Me temo que seguiría mientras me tuviera frente a él.

Pero lo suyo no era una ignorancia cualquiera. Siempre que tenía ocasión me atacaba rabiosamente y más le enfurecía que yo no le hiciera ni caso. O cuando declaraba, sin poner en práctica siquiera, alguna encomienda de tipo social en favor de los trabajadores. Nunca me cansé de espetarle que aquellas consideradas mejoras hacia el mundo laboral no dejaban de ser lágrimas de cocodrilo que no alcanzaban ni a remediar la indigencia de un mundo tan explotado como cargado de olvido por parte de la patronal. Esto le sacaba de quicio, si es que alguna vez lo poseyó. Porque demostrarlo, jamás lo hizo.

Si poseer aversión hacia mi comportamiento tras haber abandonado el internado, poca noción poseía de la libertad individual para decidir lo supuestamente correcto en el caso de mi camino a seguir en la vida. O de la vocación a la que estuve destinado desde los trece años. Aunque conociendo su intolerancia laboral para con los empleados de la empresa estaba todo aclarado: ninguna consideración podía esperarse de él. Era explotador nato, como los decimonónicos antepasados fundadores de la dinastía familiar cuyo legado empresarial y millonario dirigía, por encima de cualquier principio o consideración humana, por necesario que fuese conservarla, o aumentar otorgamiento más generoso, otras veces. Más entendí, si cabe, que se opusiera a la decisión propia inicial: ingresar como interno. Pero una vez abandonada la decisión, que tampoco la compartiera, lo entendía menos.

Es cosa de imaginación, me cansé de explicarle La imaginación une a las personas de distinto parecer que hablan, practican sus mandados y fortalecen todo tipo de relaciones humanas. Pero no hubo forma de hacerle reaccionar. Para seguir comentando a ama, en las pocas ocasiones en que eran capaces de llegar a un diálogo, que la juventud estaba perdida, que no había forma de entender lo que quería.

A veces casi me obligaba, si no tenía muchas ganas de salir a la calle, acompañarla a dormir en su casa. Entonces a la mañana me llevaba al colegio hasta Bilbao. Aún no había pisado las aulas del Andrés de Urdaneta. Esto fue una breve experiencia pues en la Iglesia del Carmen, de Neguri, fue donde me presentaron casualmente al Padre Cañibano y el

fue quien me habló del internado que aquellos religiosos tenían en Cozanza. Y aquella vida de juego y estudio, responsabilidad y acciones pías me cautivó, en contra de todas las voluntades familiares. Aunque les aseguré que si no me encontraba a gusto, como me dijo el Padre Reclutador, podía volver a casa cuando quisiera. Y estaba decidido a probar algo cautivador.

Aunque fuéramos en coche, a pasear primero y luego hasta su piso de Las Arenas, junto al Club Náutico. Más que cualquier apreciación hay que aquella casa era una verdadera mansión. Habitables poseía más de 200 metros cuadrados. Y vivía sola, si no añadimos la presencia de su criada Marta y su acompañante habitual nocturno desde los más tiernos años a modo de capricho envuelto en papel de juguete al principio, regalo después y disgustada sufridora cuando decidí comenzar a estudiar en el internado que los PP. Agustinos. Pertenecían a la misma provincia religiosa que las venerables canas que descansaban en la residencia adosada a la Iglesia del Carmen de Neguri. No se pueden olvidar las cada vez más prolongadas campañas náuticas de tío Antón, su marido, capitán de la marina mercante. Se portaba al revés que toda la tripulación que, de seis meses de campaña la fueron reduciendo hasta llegar a tres. El, sin embargo, las doblaba y hasta triplicaba. Lo que no decía era que pasaba vacaciones en Usa, en casa de su querida Elisabete. También eran compañeros de la tía Meli sus perros Ikus y Jaia, una pareja casi perfecta, si salvamos su animalidad congénita.

Cuando estaba presente hacía verdaderos esfuerzos para poner en práctica el liberalismo del que hacía gala, aprendido en el internado que la mantuvo en años adolescentes en varios de los mejores colegios de Londres. Y era cierto, nadie podía ni dudarlo, aunque a veces pareciera otra cosa.

Aunque esta práctica fuera acostumbrada por parte de la familia solo, como la existencia de Ondaretxe, la playa de Ereaga o las Iglesias del Carmen en Neguri o San Ignacio y San Nicolás en Algorta. Por lo que no había ninguna extrañeza

La había visto por casa muchas veces, por lo que no daba importancia ni al cariño demostrado ni a la asiduidad con que me hacía regalos. Tampoco le prestaba importancia ni asociaba al hecho que fuera mi madrina y cualquier excusa era buena para donarme cualquier chuchería. Aunque últimamente le había advertido especial preferencia porque los agasajos fueran libros.

-Respeto la decisión pero ama ya dice.

-Ayudan a dar brillantez a los estudios. No temas.

-Ya... Pero ama...

-Todavía no estoy haciendo una especialidad. Créeme si te digo que prefiero novelas o poesía.

Antes ya, sobre los diez años o así, le había confesado decisión parecida. Yo lo recordaba vagamente pero Meli me refrescó la memoria.

-Desde entonces sabía que destacarías en las letras más que en otra cosa.

-De momento son mi gusto preferente -confesé sin cortapisas en la lengua.

-Ya, te respeto, pero ves a los jóvenes de tu edad jugando mientras tu no cesas de retirarte del rudo y trabajar.

-Soy feliz así. Comprende que no hay más que...

Le contesté de esta forma, la única con la que sentí fehacientemente las cosas en su sitio, para mi gusto. Y confesó que hasta le sorprendió un tanto mi discurso, como si lo trajera aprendido de algún dictado ajeno.

Yo confieso que salió solo y sin proponérmelo. Aunque, en otros temas de mi entorno, no comprendía mucho más allá del alcance de la vista. A veces noté una inconfesada repulsa hacia lo que veía hostil, sin especificar qué, pero que me afectaba el interior. Me entraba desasosiego solo contemplar u oír ciertos acaecimientos y los rehuía. Aunque tuvieran cariz poco problemático.

Quien lo hizo que lo arregle. Y desde entonces sopeso la aparición de mi individualismo exacerbado, que muchas veces alcanza cuotas de salvaje necesidad. Sobre todo instalado en plena sociedad que no comprendo. Esto lo considero más tarde y afirmo que el nacimiento era de similar exterior. Quise realizarlo muchas veces y me impidieron hacerme cargo de lo que consideraron nimiedad de niño; luego, de los hervores adolescentes. Y al fin... Cuando deseo, me confiesan que es pronto y que me prepare... Si el momento ya está a tocando a la puerta. No sé qué ocasión esperan para hacer realidad el cambio social necesario.

Cierto que los primeros son los gobernantes los que deben iniciar el camino. He de guardar bien estos papeles porque como los vea alguien me mata. En casa no quieren oír hablar de cambios. Pero Tía Meli me comprende y calla si se me escapa algo. No lo altavocea. Me explica su versión de lo que piensa que va a suceder y como criterio de persona versada, culta y mayor que yo, acato lo que decida casi siempre. Cuando me habla en serio su rostro resplandece a pesar de la mesura que

concitan sus vocablos. Todo lo que dice yo agradezco con sinceridad. Desde hace años sus aclaraciones y sus mimos han hecho que sienta mucho cariño por ella.

A medida que he ido creciendo llegó un momento que sentí como que me estorbaba en este sentido. Me vi capaz de prescindir de ella. Me pareció algo grave, aunque natural, propio de mi naciente suficiencia. Pero siguió su ritmo de entrega con mimos y cariño adecuados al crecimiento hasta convencerme que su afecto como mujer nunca me fallará. Y bien claro me comentó varias veces que no se compara con nadie ni de su edad ni más joven que en mi espectro pueda ocupar lugar predilecto en el futuro, como manifestación de cariño común.

Aunque prefiera seguir la ley natural y deserte de su lado educadamente. Muchos años a su vera cuando ama de viaje nos dejaba al cuidado de la servidumbre y aquello me asfixiaba. Aita, idem de idem: reuniones, Consejos de Administración; políticos en Madrid; económicos en cualquier sitio que no me interesa ni recordar hicieron que desde muy niño viviera con ella en su casa, como el hijo querido que no tuvo y las circunstancias familiares le prestaron. Para mi fueron todos los mimos y los correspondientes correctivos cuando algo estuvo mal hecho como el pan de cada día que hizo crecer sano mi afecto y agradecimiento por esta mujer.

Hasta ir interno al seminario estuve durmiendo con ella. Se preocupaba por la marcha escolar, si el rendimiento era el óptimo o no y tanto sus preocupaciones, charlas con los profesores, alegrías cuando le enseñaba mis buenas notas hicieron que germinara más afecto entre ambos. Como madre e hijo, defiando.

El tío Antón, su marido, estaba navegando. Entonces los marinos hacían campañas de seis meses seguidos en la mar, sin vacaciones en casa. Recuerdo de manera especial cuando arribó la postrera vez que permanecí en su casa, antes de ingresar como interno. Fue verle cargado de regalos y abrazarle muy feliz, lo mismo que la tía Meli. Le dijo que los distribuyera después de entregarnos los nuestros y la tía Meli les dio los suyos a Luisa, a aita y a ama. Me trajo un regalo que entonces estaba de moda: un tren de rieles desmontables que podía ocupar toda una habitación entera, llena de curvas y badenes, puentes fijos y levadizos, todo un conglomerado de hierros y accidentes naturales, como una vía verdadera transitada por un tren real. Al menos en los efectos realizados en marcha. Además, varios libros en inglés, más bien de dibujos y estilo cómico.

A medida que se acercaba la hora de la noche Meli no cesaba de reclamarme y yo sin aparecer en su presencia. Estaba encerrado en mi cuarto y solo le contestaba que en seguida iría.

–¿Qué te ocurre, Jon? –dijo preocupada entrando sin llamar siquiera, como un ciclón.

Yo estaba mustio de consideración. Jamás me había contemplado así. No era de extrañar que la viera intranquilizada.

Le conté lleno de rabia y cierta vergüenza unos temores que me embargaban y solo hacían que sintiera el pulso acelerado en las venas localizado a la altura de las muñecas. Pero lo peor, mi corazón estaba agobiado. Había sido un asalto traicionero, infundado e inesperado.

Meli sonrió abrazándome y llenándome de besos.

–No temas, mi niño. Esta noche, mejor que cualquiera, repartiremos el calor de la cama que tanto nos gusta a los dos. Y te daré más besitos en la frente hasta que te duermas cansado.

Fue la última vez en que me demostró su amor cuasi materno. Luego, cada vez que yo venía de vacaciones y coincidíamos, la moral enseñada en el seminario me había enseñado la teoría de los conceptos del bien y del mal, huir de las ocasiones de pecar salvo riesgo de perder automáticamente la vocación religiosa y traicionar al Maestro, de la imposibilidad de seguir a su lado, ser su representante en la tierra para salvar a las almas descarriadas. No se me permitía ser otro Judas más siguiendo a su lado. Y eso no entraba en mi consideración, aunque lo nuestro no fuera pecado.

Meli se quejó del poco caso que le hacía cuando me regalaba presente o deseaba acariciarme, como antes. Me aseguró que la rehusaba. Pensé en silencio unos instantes y tenía razón. Pero yo estaba convencido de que ceder a los deseos de aquella mujer era pecar gravemente contra la pureza. Aunque no hiciera más que consentir las caricias y besos, o devolvérselos.

Así que unas veces con disculpas convincentes como la gripe, la tos o los virus de cualquier enfermedad inventada que no deseaba transmitirle; otras con menos suerte, como después de haberme obligado a que me viera el doctor y le enseñara el resultado escrito, tuve que acabar concluyendo que ya no era un niño, que podía besarme pero que no me hiciera sufrir.

Por mi parte fui capaz de controlar el impulso adolescente recién estrenado. Por la suya cumplió lo prometido y después de saciar la concupiscencia de osabe Antón, varios meses retardada y no rechecha con ninguna mujer pública que en los puertos solucionan estos traumas, lo hacen como profesión y medio de vida, todas las noches se acercaba a mi cuarto con las buenas noches y cariños. Y más de una amanecimos en el mismo lecho, como madre e hijo tan solo. Tío Antón nos contempló y rio la suerte, sabiendo de sobra nuestro afecto especial. Aparte de liberal no

creía en malos rollos entre nosotros y también el me trataba como a sobrino suyo.